

TENER AL ESPÍRITU



J.C. RYLE (1816-1900)

Tener al Espíritu

Índice

1. La importancia de tener al Espíritu.....	5
2. Cómo saber si tenemos al Espíritu	13
3. Las marcas del Espíritu	21
Conclusión.....	33

Tomado de *Old Paths: Being Plain Statements of Some of the Weightier Matters of Christianity* [Sendas antiguas: Declaraciones sencillas de algunos de los asuntos más importantes del cristianismo] (Londres: Charles J. Thynne, 1898), 291-321.

Copyright 2024 Chapel Library: anotaciones. Ocasionalmente se han reformulado frases para mayor claridad y se han sustituido términos desconocidos por sinónimos. El texto original es de dominio público. Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión RV1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el coste de duplicación, y
- 2) se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, descarga el material sin cargo de nuestro sitio web, o ponte en contacto con el distribuidor internacional que aparece allí para tu país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, ponte en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Tener al Espíritu

«No tienen al Espíritu». Judas 1:19

Doy por sentado que todos los lectores de este documento creen en el Espíritu Santo. El número de personas en este país que son infieles, deístas o socinianos¹ y niegan abiertamente la doctrina de la Trinidad afortunadamente no es muy grande. La mayoría de las personas han sido bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Hay pocos eclesiásticos,² en todo caso, que no hayan oído a menudo las conocidas palabras de nuestro antiguo catecismo: «Creo en Dios Espíritu Santo, que me santifica a mí y a todo el pueblo elegido de Dios».

Pero, a pesar de todo esto, sería bueno que muchos consideraran lo que saben del Espíritu Santo más allá de Su nombre. ¿Qué conocimiento experimental tienes de la obra del Espíritu? ¿Qué ha hecho por ti? ¿Qué beneficio has recibido de Él? Puedes decir de Dios Padre: «Él me hizo a mí y a todo el mundo». Puedes decir de Dios Hijo: «Él murió por mí y por toda la humanidad». Pero ¿puedes decir algo del Espíritu Santo? ¿Puedes decir, con algún grado de confianza:

¹ **Socinianos** – seguidores de la secta fundada por Faustus Socinius, teólogo italiano del siglo XVI, que negaba la deidad de Cristo y que la cruz trajera el perdón de los pecados.

² **Eclesiásticos** – miembros de la Iglesia Anglicana.

«Él mora en mí, ¿y me santifica»? En una palabra, ¿*tienes al Espíritu?* El texto que encabeza este documento te dirá que existe tal cosa como no tener al Espíritu. Este es el punto sobre el cual quisiera llamar tu atención.

Creo que este punto es de vital importancia en todas las épocas. Lo considero de especial relevancia en el día presente. Creo que tener ideas claras sobre la obra del Espíritu Santo es uno de los mejores medios de protección contra las numerosas doctrinas falsas que abundan en nuestros tiempos. Permíteme, entonces, presentarte algunas reflexiones que, con la bendición de Dios, pueden arrojar luz sobre el tema de tener al Espíritu.

1. Permíteme explicar la *inmensa importancia* de tener al Espíritu.
2. Permíteme señalar el *gran principio general* mediante el cual solo se puede evaluar la pregunta: «¿Tienes al Espíritu?».
3. Permíteme describir *los efectos particulares* que el Espíritu produce siempre en las almas en las que mora.

1. La importancia de tener al Espíritu

Permíteme, en primer lugar, explicar la *inmensa importancia* de tener al Espíritu.

Es absolutamente necesario aclarar este punto. A menos que lo comprendas, parecerá que estoy hablando en vano en todo este escrito. Una vez que tu mente lo asimile, la mitad del trabajo que deseo hacer en tu alma ya estará hecho.

Puedo imaginarme fácilmente a algún lector diciendo: «¡No veo la utilidad de esta pregunta! Supongamos que no tengo el Espíritu, ¿dónde está el gran daño? Trato de cumplir con mi deber en este mundo. Voy a la iglesia con regularidad. Recibo el sacramento³ de vez en cuando. Creo que soy tan buen cristiano como mi prójimo. Hago mis oraciones. Confío en que Dios perdonará mis pecados por causa de Cristo. No veo por qué no debería llegar finalmente al cielo sin complicarme con preguntas difíciles sobre el Espíritu».

Si piensas de esta manera, te ruego que me prestes atención durante unos minutos, mientras intento darte razones para pensar de otra manera. Créeme, nada menos que la salvación de tu alma depende de tener al Espíritu. La vida o la muerte, el cielo o el infierno, la felicidad eterna o la miseria eterna están ligados al tema de este documento.

³ **Sacramento** – la cena del Señor.

a. Sin parte en Cristo

Recuerda, en primer lugar, que si no tienes al Espíritu, *no tienes parte en Cristo y no tienes derecho al cielo.*

Las palabras del apóstol Pablo son claras e inequívocas: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él» (Ro 8:9). Las palabras del apóstol Juan no son menos claras: «Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (1 Jn 3:24). La morada de Dios Espíritu Santo es la marca común de todos los verdaderos creyentes en Cristo. Es la marca del Pastor en el rebaño del Señor Jesús, que los distingue del resto del mundo. Es el sello del orfebre en los genuinos hijos de Dios, que los separa de la escoria y de la masa de falsos profesantes. Es el sello propio del Rey en aquellos que son Su pueblo peculiar, probando que son de Su propiedad. Son «las arras» que el Redentor da a Sus discípulos creyentes mientras están en el cuerpo, como promesa de la «redención» plena y completa que vendrá en la mañana de la resurrección (Ef 1:14). Este es el caso de todos los creyentes. Todos tienen al Espíritu.

Que se entienda claramente que el que no tiene al Espíritu no tiene a Cristo. El que no tiene a Cristo no tiene perdón de sus pecados, ni paz con Dios, ni derecho al cielo, ni esperanza bien fundamentada de ser salvo. Su religión es como una casa construida sobre la arena. Puede verse bien cuando hace buen tiempo. Puede satisfacerle en tiempos de salud y prosperidad. Pero cuando se levanta el diluvio y sopla el viento, cuando la enfermedad y los problemas vienen contra

él, caerá y lo enterrará bajo sus ruinas. Vive sin una buena esperanza, y sin una buena esperanza muere. Se levantará de nuevo solo para ser miserable. Se presentará en el juicio solo para ser condenado. Verá a los santos y a los ángeles mirando y recordará que pudo haber estado entre ellos, pero demasiado tarde. Verá a miríadas perdidas a su alrededor y descubrirá que no pueden consolarlo, pero será demasiado tarde. Este será el fin del hombre que piensa alcanzar el cielo sin el Espíritu.

Graba estas verdades en tu memoria y nunca las olvides. ¿No vale la pena recordarlas? Sin el Espíritu Santo en ti, no hay parte en Cristo. Sin parte en Cristo, no hay perdón de pecados. Sin perdón de pecados, no hay paz con Dios. Sin paz con Dios, no hay título para el cielo. Sin título para el cielo, no hay admisión al cielo. Sin admisión en el cielo, ¿y entonces qué? Sí, ¿entonces qué? Bien puedes preguntar. ¿Hacia dónde huirás? ¿Qué camino tomarás? ¿A qué refugio correrás? No hay ninguno. Solo queda el infierno. Al no ser admitido en el cielo, debes hundirte finalmente en el infierno.

Pido a todos los lectores de este documento que presten atención a lo que digo. Tal vez te alarmes, pero ¿acaso no será de beneficio para ti que te sientas alarmado? ¿Acaso he dicho algo más que una simple verdad bíblica? ¿Dónde está el eslabón defectuoso en la cadena de razonamiento que has oído? ¿Dónde está la falla en el argumento? Creo en mi conciencia que no hay ninguno. De no tener el Espíritu a estar en el infierno, no hay más que un largo tramo de escalones descendentes. Al vivir sin el Espíritu ya estás en la

cima. Al morir sin el Espíritu encontrarás el camino hacia el fondo.

b. No hay santidad de corazón

Recuerda, por otra parte, que si no tienes al Espíritu, *no tienes santidad de corazón y no eres apto para el cielo.*

El cielo es el lugar al que todos esperan ir después de la muerte. Sería bueno que muchos consideraran con calma qué clase de morada es el cielo. Es la morada del Rey de reyes: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal» (Hab 1:13), y tiene que ser necesariamente un lugar santo. Es un lugar en el que la Escritura nos dice que no entrará «ninguna cosa inmunda, o que hace abominación» (Ap 21:27). Es un lugar donde no habrá nada perverso, pecaminoso o sensual, nada mundano, necio, frívolo o profano. Que el codicioso recuerde que *allí* no habrá más dinero. Que el que va tras los placeres recuerde que *allí* no habrá más carreras, teatros, lectura de novelas ni bailes. Que el borracho y el jugador recuerden que *allí* no habrá más bebidas fuertes, ni más dados, ni más apuestas, ni más cartas. La presencia eterna de Dios, de los santos y de los ángeles; el cumplimiento perpetuo de la voluntad de Dios; la ausencia completa de todo lo que Dios no aprueba: estas son las cosas principales que constituirán el cielo. Será un eterno día de reposo.

Todos nosotros estamos por naturaleza completamente desprovistos de la capacidad para disfrutar de este cielo y su felicidad. No podemos gustar de sus bendiciones. No tenemos ojos para ver su belleza. No tenemos corazón para sentir sus consuelos. En lugar

de libertad, lo percibiríamos como esclavitud. En lugar de una libertad gloriosa, lo percibiríamos como una constante restricción. En lugar de un espléndido palacio, sería para nosotros una lúgubre prisión. Un pez en tierra firme, una oveja en el agua, un águila en una jaula y un salvaje pintado en un salón real se sentirían más a gusto y en su lugar que un hombre natural en el cielo. Sin santidad nadie verá al Señor (Heb 12:14).

Es oficio especial del Espíritu Santo preparar las almas de los hombres para este cielo. Solo Él puede cambiar el corazón terrenal y purificar los afectos mundanos de los hijos de Adán. Solo Él puede poner sus mentes en armonía con Dios y afinarlas para la compañía eterna de los santos, los ángeles y Cristo. Solo Él puede hacer que amen lo que Dios ama, que odien lo que Dios odia y que se deleiten en la presencia de Dios. Solo Él puede arreglar los miembros de la naturaleza humana, rotos y dislocados por la caída de Adán, y lograr una verdadera unidad entre la voluntad del hombre y la de Dios. Y esto lo hace por cada uno que se salva. Está escrito que los creyentes se salvan según la misericordia de Dios, pero es «por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo» (Ti 3:5). Son elegidos para la salvación, pero es «mediante la santificación por el Espíritu», así como por «la fe en la verdad» (2 Ts 2:13).

Que esto también quede grabado en tu memoria. No hay entrada al cielo sin que el Espíritu haya entrado primero en tu corazón en la tierra. No hay admisión a la gloria en la otra vida sin previa santificación en esta vida. Si el Espíritu Santo no vive en ti en

este mundo, no hay cielo en el mundo venidero. No estarías apto para ello. No estarías preparado para ello. No te gustaría. No lo disfrutarías. En la actualidad se usa mucho la palabra *santo*. Nuestros oídos están cansados de «santa iglesia», «santo bautismo», «días santos», «agua santa», «cultos santos» y «santos sacerdotes». Pero una cosa es mil veces más importante, y es ser *hecho un hombre realmente santo* por el Espíritu. Debemos ser hechos «participantes de la naturaleza divina» mientras estamos vivos (2 P 1:4). Debemos sembrar para el Espíritu si queremos cosechar la vida eterna (Gal 6:8).

c. Sin derecho a ser considerado cristiano

Recuerda, por otra parte, que si no tienes al Espíritu, *no tienes derecho a ser considerado un verdadero cristiano*, ni voluntad o poder para llegar a serlo.

Se requiere poco para hacer un cristiano, según el estándar del mundo. Basta con que un hombre sea bautizado y asista a algún lugar de adoración, y los requisitos del mundo están satisfechos. La creencia del hombre puede no ser tan inteligente como la de un turco; puede ser profundamente ignorante de la Biblia. Su práctica puede no ser mejor que la de un pagano; muchos hindúes respetables podrían avergonzarse. Pero ¿qué importa eso? ¡Es inglés! Ha sido bautizado. Va a la iglesia o a la capilla y se comporta decentemente cuando está allí. ¿Qué más quieres? Si no lo llamas cristiano, se te considera alguien muy severo.

Pero se necesita mucho más que esto para hacer de un hombre un verdadero cristiano según la norma

de la Biblia. Requiere la cooperación de las tres Personas de la bendita Trinidad. La elección de Dios el Padre, la sangre y la intercesión de Dios el Hijo y la santificación de Dios el Espíritu deben reunirse en el alma que ha de ser salva. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo deben unirse para realizar la obra de hacer de cualquier hijo de Adán un verdadero cristiano.

Este es un tema profundo que debe ser tratado con reverencia. Pero donde la Biblia habla con decisión, allí también podemos hablar con decisión; y las palabras de la Biblia no tienen sentido si la obra del Espíritu Santo no es tan necesaria para hacer de un hombre un verdadero cristiano como la obra del Padre o la obra del Hijo. Se nos dice que «nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo» (1 Co 12:3). El verdadero cristiano, nos enseña la Escritura, es «nacido del Espíritu» (Jn 3:6). Vive «por el Espíritu» (Ga 5:25). Los verdaderos cristianos «son guiados por el Espíritu de Dios» (Ro 8:14). Por el Espíritu mortifican las obras del cuerpo. Por el Espíritu tienen acceso al Padre por medio de Jesús (Ef 2:18). Sus gracias son todas el «fruto del Espíritu» (Ga 5:22). Son «templo del Espíritu Santo» (1 Co 6:19). Son «morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2:22). Andan «conforme al Espíritu» (Ro 8:4). Son fortalecidos por el Espíritu (Ef 3:16). Por el Espíritu aguardan «por fe la esperanza de la justicia» (Gal 5:5). Estas son expresiones escriturales claras. ¿Quién se atreverá a contradecirlas?

La verdad es que la profunda corrupción de la naturaleza humana haría imposible la salvación si no fuera por la obra del Espíritu. Sin Él, el amor del Padre y la redención del Hijo se nos presentan en vano. El

Espíritu debe revelarlos. El Espíritu debe aplicarlos o, de lo contrario, seremos almas perdidas.

Nada menos que el poder de Aquel que se movió sobre la faz de las aguas en el día de la creación puede levantarnos de nuestra baja condición. Aquel que dijo: «Sea la luz; y fue la luz» (Gn 1:3) debe pronunciar la palabra antes de que alguno de nosotros se levante a la novedad de la vida. Aquel que descendió el día de Pentecostés debe descender sobre nuestras pobres almas muertas antes de que puedan ver el reino de Dios. Las misericordias y las aflicciones pueden mover la superficie de nuestros corazones, pero por sí solas nunca alcanzarán al hombre interior. Los sacramentos, los servicios y los sermones pueden producir una formalidad externa y vestirnos con una piel de religión, pero no habrá vida. Los ministros pueden hacer comulgantes y llenar las iglesias de fieles asiduos; solo el poder omnipotente del Espíritu Santo puede hacer verdaderos cristianos y llenar el cielo de santos glorificados.

Que esto también quede escrito en tu memoria y nunca lo olvides. ¡No hay verdadero cristianismo sin el Espíritu Santo! Debes tener al Espíritu *en* ti, así como a Cristo *por* ti, para llegar a ser salvo. Dios debe ser tu Padre amoroso, Jesús debe ser tu Redentor *conocido*, el Espíritu Santo debe ser tu Santificador *sentido*, o de lo contrario, será mejor para ti no haber nacido.

Insisto en el tema para que todos los que lean estas páginas lo consideren seriamente. Confío en que he dicho lo suficiente para mostrarte que es de vital

importancia para tu alma tener al Espíritu. No es un punto oscuro y misterioso de la teología. No es una pregunta ligera cuya respuesta importe poco en un sentido o en otro. Es un tema en el que está ligada la paz eterna de tu alma.

Puede que no te gusten las noticias. Puedes llamarlo entusiasmo, fanatismo o extravagancia. Yo me baso en las enseñanzas claras de la Biblia. Digo que Dios debe morar en tu corazón por el Espíritu en la tierra o nunca morarás con Dios en el cielo.

«Ah», dirás, «no sé mucho al respecto. Confío en que Cristo será misericordioso. Espero finalmente ir al cielo». Yo te respondo que no existe ningún hombre que haya probado la misericordia de Cristo que no haya recibido también de Su Espíritu. No existe ningún hombre que haya sido justificado que no fuera también santificado. No existe ningún hombre que haya ido al cielo que no fuera conducido allí por el Espíritu.

2. Cómo saber si tenemos al Espíritu

En segundo lugar, permíteme señalar la *gran regla general y el principio* por el cual se puede decidir si tenemos al Espíritu.

Puedo entender perfectamente que la idea de saber si tenemos al Espíritu sea desagradable para muchas mentes. No ignoro las objeciones que Satanás suscita de inmediato en el corazón natural. «Es imposible saberlo», dice una persona. «Es algo profundo y

fuera de nuestro alcance». «Es algo demasiado misterioso como para indagar en él», dice otro. «Debemos contentarnos con dejar el tema en la incertidumbre». «Es un error pretender saber algo al respecto», dice un tercero. «No estamos hechos para estudiar estas cuestiones. Solo es propio de entusiastas y fanáticos hablar de tener al Espíritu». Escucho tales objeciones sin que me afecten. Afirmo que se puede saber si un hombre tiene al Espíritu. Se *puede* saber, es *posible* saberlo, se *debe* saber. No se necesita ninguna visión del cielo, ninguna revelación de un ángel para discernirlo. Solo se necesita una investigación paciente a la luz de la Palabra de Dios. Iniciemos esa investigación.

a. No todos tienen al Espíritu

No todos los hombres tienen al Espíritu Santo. Considero que la doctrina de una luz espiritual interior de la que goza toda la humanidad es un engaño que no es bíblico. Creo que la noción moderna de la inspiración universal es un sueño sin fundamento. Sin lugar a dudas, Dios no se ha dejado a Sí mismo sin un testigo en el corazón del hombre caído. Él ha dejado en cada mente suficiente conocimiento del bien y del mal para hacer a todos los hombres responsables. Ha dado a cada hijo de Adán una *conciencia*, pero no ha dado a cada hijo de Adán el Espíritu Santo. Un hombre puede tener buenos deseos como Balaam, hacer muchas cosas como Herodes, estar casi persuadido como Agripa y temblar como Félix y, sin embargo, estar tan completamente destituido de la gracia del Espíritu como lo estaban estos hombres. El após-

tol Pablo nos dice que antes de la conversión los hombres pueden «conocer a Dios» en cierto sentido y dar «testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos» (Ro 1:21; 2:15). Pero también nos dice que, antes de la conversión, los hombres están «sin Dios» y «sin Cristo», «sin esperanza» y son las mismas «tinieblas» (Ef 2:12; 5:8). El mismo Señor Jesús dice del Espíritu: «El mundo...no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros» (Jn 14:17).

No todos los miembros de las iglesias y las personas bautizadas tienen al Espíritu. No veo fundamento en las Escrituras para decir que todo hombre que recibe el bautismo recibe el Espíritu Santo y que debemos considerarlo nacido del Espíritu. No me atrevo a decir a los bautizados que todos tienen al Espíritu y que solo necesitan avivar «el fuego del don de Dios» en su interior para salvarse (2 Ti 1:6). Veo, por el contrario, que Judas habla de los miembros de la iglesia visible de su tiempo como los «que no tienen al Espíritu». Algunos de ellos probablemente habían sido bautizados por manos de los apóstoles y admitidos en plena comunión con la iglesia profesante. No importaba. No tenían al Espíritu (Jud 1:19).

Es inútil intentar evadir el poder de esta sola expresión. Enseña claramente que tener al Espíritu no es el destino de cada hombre y no es la porción de cada miembro de la iglesia visible de Cristo. Muestra la necesidad de encontrar alguna regla y principio general por la cual se pueda determinar la presencia del Espíritu en un hombre. Él no mora en todos. El bautismo

y la pertenencia a la iglesia no son pruebas de Su presencia. Entonces, ¿cómo sabré si un hombre tiene el Espíritu?

b. Efectos visibles

La presencia del Espíritu en el alma de un hombre solo puede conocerse por *los efectos* que produce. *Los frutos* que Él produce en el corazón y en la vida del hombre son la única evidencia en la que se puede confiar. La fe, las opiniones y la práctica de un hombre son los testigos que debemos examinar si queremos averiguar si un hombre tiene el Espíritu. Esta es la regla del Señor Jesús: «Cada árbol se conoce por su fruto» (Lc 6:44).

Los efectos que produce el Espíritu Santo pueden *verse* siempre. Puede que el hombre del mundo no los entienda. En muchos casos pueden ser débiles y confusos, pero donde está el Espíritu, no se esconde. Él no está inactivo cuando entra en el corazón. No se queda quieto, no duerme. Él hará notar Su presencia. Él brillará poco a poco a través de las ventanas de los hábitos diarios y la conversación de un hombre, y manifestará al mundo que está en él. Una morada dormida, inactiva y silenciosa del Espíritu es una noción que agrada a las mentes de muchos. Es una noción para la cual no veo autoridad en la Palabra de Dios. Estoy totalmente de acuerdo con la homilía de Pentecostés: «Como el árbol se conoce por sus frutos, así también el Espíritu Santo».

En cualquiera que vea los efectos y frutos del Espíritu, en ese hombre veo a alguien que tiene al Espíritu. Creo que no solo es caritativo pensar así, sino que

sería una presunción dudarle. No espero ver al Espíritu Santo con mis ojos carnales ni tocarlo con mis manos. Pero no necesito que un ángel descienda para mostrarme dónde mora; no necesito una visión del cielo para decirme dónde puedo encontrarlo. Solo muéstrame a un hombre en quien se puedan ver los frutos del Espíritu, y veré a alguien que tiene al Espíritu. No dudaré de la presencia interior de la *causa* omnipotente cuando vea el hecho exterior de un *efecto* evidente.

c. Ejemplos naturales

¿Puedo ver el *viento* en un día de tormenta? No, pero puedo ver los efectos de su fuerza y su poder. Cuando veo que las nubes se mueven ante él y que los árboles se inclinan bajo su acción; cuando lo oigo silbar a través de puertas y ventanas o aullar alrededor de las chimeneas, no dudo ni por un momento de su existencia. Digo: «Hay viento». Lo mismo sucede con la presencia del Espíritu en el alma.

¿Puedo ver el *rocío* del cielo cuando cae en una tarde de verano? No puedo. Caee suave y gradualmente, silencioso e imperceptible. Pero cuando salgo por la mañana después de una noche sin nubes y veo cada hoja que centellea de humedad y siento cada brizna de hierba húmeda y mojada, digo de inmediato: «Ha descendido el rocío». Lo mismo sucede con la presencia del Espíritu en el alma.

¿Puedo ver la *mano del sembrador* cuando camino por los campos de trigo en el mes de julio? No la veo. No veo más que millones de espigas llenas de grano que se inclinan hacia el suelo por la madurez.

Pero ¿supongo que la cosecha llegó por casualidad y creció por sí misma? Nada de eso. Cuando veo esos campos de trigo, sé que un día trabajaron el arado y la grada, y que allí hubo una mano que sembró la semilla. Lo mismo sucede con la obra del Espíritu en el alma.

¿Puedo ver el *líquido magnético* en la aguja de la brújula? No puedo. Actúa de un modo misterioso y oculto. Pero cuando veo que ese trocito de hierro gira siempre hacia el norte, sé de inmediato que está bajo la influencia secreta del poder magnético. Lo mismo sucede con la obra del Espíritu en el alma.

¿Puedo ver el *resorte espiral de mi reloj* cuando miro su esfera? No. Pero cuando veo que las manecillas dan vueltas y marcan las horas y los minutos del día en sucesión regular, no dudo de la existencia del resorte. Lo mismo sucede con la obra del Espíritu.

¿Puedo ver el *timonel* del barco de regreso a casa cuando aparece por primera vez en el horizonte y sus velas se blanquean? No puedo. Pero cuando estoy de pie en la cabeza del muelle y veo ese barco siguiendo su curso sobre el mar hacia la boca del puerto, como si tuviera vida propia, sé muy bien que hay alguien en el timón que guía sus movimientos. Así es con la obra del Espíritu.

Insto a todos mis lectores a recordar esto. Establezcan como un principio fijo en sus mentes que, si realmente el Espíritu Santo está en un hombre, se verá en los efectos que produce en su corazón y vida.

d. Engaños peligrosos

Cuídate de suponer que un hombre puede tener el Espíritu cuando no hay evidencia externa de Su presencia en el alma. Pensar así es un engaño peligroso y antibíblico. Nunca debemos perder de vista los amplios principios establecidos para nosotros en las Escrituras: «Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad...En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (1 Jn 1:6; 3:10).

No tengo duda de que has oído hablar de una clase miserable de cristianos llamados *antinomianos*. Son personas que se jactan de tener un interés en Cristo, y dicen que han sido absueltas y perdonadas, mientras que, al mismo tiempo, viven en pecado deliberado y en abierta violación de los mandamientos de Dios. Me atrevería a decir que tales personas están miserablemente engañadas. Van a descender al infierno porque viven aferrados a una mentira. El verdadero creyente en Cristo ha «muerto al pecado» (Ro 6:2). Todo hombre que tiene verdadera esperanza en Cristo «se purifica a sí mismo, así como Él es puro» (1 Jn 3:3).

Pero te hablaré de un engaño tan peligroso como el de los antinomianos y mucho más insidioso. Ese engaño consiste en convencerse a uno mismo de tener al Espíritu morando en el corazón, mientras que no se ven frutos del Espíritu en su vida. Creo firmemente que este engaño está arruinando a miles, tan cierta-

mente como el antinomianismo. Es tan peligroso deshonrar al Espíritu Santo como lo es deshonrar a Cristo. Es tan ofensivo para Dios fingir un interés en la obra del Espíritu como lo es fingir un interés en la obra de Cristo.

De una vez por todas, exhorto a mis lectores a que recuerden que los efectos que produce el Espíritu son las únicas evidencias fidedignas de Su presencia. Decir que el Espíritu Santo mora en ti sin que se lo vea en tu vida es en verdad una obra descabellada. Confunde los primeros principios del evangelio. Confunde la luz y las tinieblas, la naturaleza y la gracia, la conversión y la no conversión, la fe y la incredulidad, los hijos de Dios y los hijos del diablo.

Solo hay una posición segura en este asunto. Solo hay una respuesta segura a la pregunta: «¿Cómo decidiremos quiénes tienen al Espíritu?». Debemos tomar nuestra posición en el antiguo principio establecido por nuestro Señor Jesucristo: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7:20). Donde esté el Espíritu habrá fruto. Quien no tiene frutos del Espíritu no tiene el Espíritu. Una obra del Espíritu que no se siente, que no se ve y que es inoperante es un engaño seguro. Donde realmente está el Espíritu, este será sentido, visto y conocido.

3. Las marcas del Espíritu

Permíteme, en último lugar, describir los *efectos particulares* que el Espíritu produce en las almas en las que habita.

Considero esta parte del tema como la más importante de todas. Hasta ahora he hablado en términos generales de los grandes principios rectores que deben guiarnos al examinar la obra del Espíritu Santo. Ahora debo acercarme más y hablar de las marcas específicas por las cuales se puede discernir la presencia del Espíritu Santo en el corazón de cualquier individuo. Afortunadamente, con la Biblia como nuestra luz, estas marcas no son difíciles de descubrir.

Deseo presentar algunas premisas antes de entrar de lleno en el tema. Es necesario para despejar el camino.

a. Misterios profundos

Admito sin reservas que hay *algunos misterios profundos* acerca de la obra del Espíritu. No puedo explicar la manera en que Él entra en el corazón. «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Jn 3:8). No puedo explicar por qué entra en un corazón y no en otro, por qué se digna habitar en este hombre y no en aquel. Solo sé que así es. Actúa como un soberano. Para usar las palabras del Catecismo de la Iglesia,⁴ Él santifica «al pueblo elegido de Dios». Pero también recuerdo que no

⁴ *Catecismo del Libro de Oración Común* (1662).

puedo explicar por qué nací en la Inglaterra cristiana y no en el África pagana. Estoy satisfecho con creer que toda la obra de Dios está bien hecha. Es suficiente para mí estar en la corte del Rey, sin ser del consejo del Rey.

b. Gran diversidad

Admito sin reservas que hay una *gran diversidad* en las operaciones por las cuales el Espíritu lleva a cabo Su obra en las almas de los hombres. Hay diferencias en las edades en las que comienza a entrar en el corazón. Con algunos comienza joven, como con Juan el Bautista y Timoteo. Con otros comienza en la vejez, como con Manasés y Zaqueo. Hay diferencias en los *sentimientos* que Él despierta primero en el corazón. A algunos los conduce mediante un fuerte terror y angustia, como al carcelero de Filipos. A otros los conduce abriendo apaciblemente sus corazones para que reciban la verdad, como a Lidia, la vendedora de púrpura. Hay diferencias en *el tiempo que se emplea* en efectuar este cambio completo de carácter. Con algunos el cambio es inmediato y repentino, como lo fue con Saulo cuando viajó a Damasco. Con otros es gradual y lento, como lo fue con Nicodemo el fariseo. Hay diferencias en *los instrumentos* que Él usa para despertar el alma de su muerte natural. Con algunos usa un sermón; con otros, la Biblia; con otros, un tratado; con otros, el consejo de un amigo; con otros, una enfermedad o aflicción; con otros, ninguna cosa en particular que pueda ser identificada claramente. Es

muy importante comprender todo esto. Exigir que todas las personas se ajusten a un solo tipo de experiencia es un gravísimo error.

c. Pequeños comienzos

Admito sin reservas que los *inicios de la obra del Espíritu son a menudo pequeños e imperceptibles*. La semilla de la que se forma el carácter espiritual a menudo es muy pequeña al principio. La fuente de la vida espiritual, al igual que la de muchos ríos caudalosos, a menudo es en su inicio un pequeño riachuelo. Por lo tanto, los inicios de la obra del Espíritu en un alma generalmente son pasados por alto por el mundo, con frecuencia no son debidamente valorados y alentados por otros cristianos y, casi sin excepción, son completamente mal entendidos por el alma misma que es el sujeto de ellos. *Que eso nunca se olvide*. El hombre en el que el Espíritu comienza a obrar rara vez es consciente, hasta mucho después, de que su estado mental en el momento de su conversión surgió a partir de la entrada del Espíritu Santo.

Pero aún así, después de todas estas concesiones y consideraciones, hay ciertos grandes efectos principales que el Espíritu produce en el alma en la que mora, los cuales son siempre uno y el mismo. Los que tienen el Espíritu pueden ser guiados al principio por diferentes *caminos*, pero siempre son llevados tarde o temprano a un mismo *camino estrecho*. Sus opiniones principales en religión son las mismas. Sus deseos principales son los mismos. Su andar general es el mismo. Pueden diferir ampliamente unos de otros en su carácter natural, pero su carácter espiritual en sus

rasgos principales es siempre uno. El Espíritu Santo siempre produce una clase general de efectos. Sin duda hay matices y variedades en la experiencia de aquellos en cuyos corazones obra, pero el esquema general de su fe y su vida es siempre el mismo.

d. Las marcas en orden

¿Cuáles son, entonces, estos efectos generales que el Espíritu siempre produce en aquellos que realmente lo tienen? ¿Cuáles son las marcas de Su presencia en el alma? Esta es la cuestión que queda ahora por considerar. Tratemos de ordenar estas marcas.

1. Todos los que tienen el Espíritu *son vivificados por Él y se les da vida espiritual*. En la Escritura se le llama el «Espíritu de vida» (Ro 8:2). Nuestro Señor Jesucristo dice: «El espíritu es el que da vida» (Jn 6:63). Todos nosotros, por naturaleza, estamos «muertos en delitos y pecados» (Ef 2:1). No tenemos ni sensibilidad ni interés por la religión. No tenemos fe, esperanza, temor ni amor. Nuestros corazones están en un estado de letargo; son comparados en las Escrituras con una piedra. Podemos estar vivos en lo que respecta al dinero, el aprendizaje, la política o el placer, pero estamos muertos hacia Dios. Todo esto cambia cuando el Espíritu entra en el corazón. Él nos levanta de este estado de muerte y nos hace nuevas criaturas. Él despierta la conciencia e inclina la voluntad hacia Dios. Hace que las cosas viejas pasen y que todo se haga nuevo. Nos da un nuevo corazón. Nos hace despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo.

Él toca la trompeta en el oído de nuestras facultades adormecidas y nos envía a caminar por el mundo como si fuéramos seres nuevos. ¡Cuán diferente era el Lázaro encerrado en la tumba silenciosa al Lázaro que salió a la orden de nuestro Señor! ¡Cuán diferente era la hija de Jairo que yacía fría en su lecho en medio del llanto de sus amigos, a la hija de Jairo que se levantó y habló a su madre como era su costumbre! Así de diferente es el hombre en quien mora el Espíritu de lo que era antes de que el Espíritu viniera a él.

Apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu aquel cuyo corazón está evidentemente lleno de todo menos de Dios: duro, frío e insensible? Juzga por ti mismo.

2. Todos los que tienen al Espíritu son *enseñados por Él*. En la Escritura se le llama «espíritu de sabiduría y de revelación» (Ef 1:17). Fue la promesa del Señor Jesús: «Él os enseñará todas las cosas... Él os guiará a toda la verdad» (Jn 14:26; 16:13). Todos somos por naturaleza ignorantes de la verdad espiritual. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura» (1 Co 2:14). Nuestros ojos están cegados. No conocemos a Dios, ni a Cristo, ni a nosotros mismos, ni al mundo, ni el pecado, ni el cielo, ni el infierno, como deberíamos. Vemos todo bajo perspectivas incorrectas. El Espíritu cambia por completo este estado de cosas. Él abre los ojos de nuestro entendimiento. Nos ilumina. Nos llama de las tinieblas a la luz admirable. Nos quita el velo. Él brilla en nuestros corazones y nos hace ver las cosas como realmente son. No es de extrañar que

todos los verdaderos cristianos estén tan notablemente de acuerdo en lo esencial de la verdadera religión. La razón es que todos han aprendido en una escuela: la escuela del Espíritu Santo. No es de extrañar que los verdaderos cristianos puedan entenderse de inmediato y encontrar un terreno común de comunión. Aquel cuyas lecciones nunca se olvidan les ha enseñado el mismo idioma.

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu aquel que ignora las doctrinas principales del evangelio y está ciego a su propio estado? Juzga por ti mismo.

3. Todos los que tienen el Espíritu *son guiados por Él a las Escrituras*. Este es el instrumento por el cual Él obra de manera especial en el alma. La Palabra es llamada «la espada del Espíritu» (Ef 6:17). Se dice que los que nacen de nuevo son «renacidos... por la palabra» (1P 1:23). Toda la Escritura fue escrita bajo Su inspiración. Él nunca enseña nada que no esté escrito en ella. Él hace que el hombre en quien Él habita tenga su delicia «en la ley de Jehová» (Sal 1:2). Así como el niño de pecho desea la leche que la naturaleza le ha proporcionado y rechaza cualquier otro alimento, así el alma que tiene el Espíritu desea la leche sincera de la Palabra. Así como los israelitas se alimentaban del maná en el desierto, así los hijos de Dios son enseñados por el Espíritu Santo a alimentarse del contenido de la Biblia.

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu quien nunca lee la Biblia o solo la lee formalmente? Juzga por ti mismo.

4. Todos los que tienen el Espíritu son *convencidos por Él de pecado*. Este es un oficio principal que el Señor Jesús prometió que cumpliría. «Cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado» (Jn 16:8). Solo Él puede abrir los ojos de un hombre a la verdadera magnitud de su culpa y corrupción ante Dios. Siempre hace esto cuando entra en el alma. Nos coloca en nuestro lugar correcto. Nos muestra la vileza de nuestros propios corazones y nos hace clamar como el publicano: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc 18:13). Derriba esas nociones orgullosas, de justicia propia y de auto justificación con las que todos nacemos y nos hace sentir como deberíamos sentirnos: «Soy un hombre malo y merezco estar en el infierno». Los ministros pueden alarmarnos durante una pequeña temporada. La enfermedad puede romper el hielo de nuestros corazones. Pero el hielo pronto se congelará de nuevo si no es descongelado por el soplo del Espíritu, y las convicciones que no son la obra de Él pasarán como el rocío de la mañana.

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede tener el Espíritu el hombre que nunca siente la carga de sus pecados y no sabe lo que es ser humillado al pensar en ellos? Juzga por ti mismo.

5. Todos los que tienen al Espíritu son *guiados por Él a Cristo para salvación*. Una parte especial de Su oficio es testificar de Cristo, tomar de las cosas de Cristo y mostrárnoslas (Jn 15:26; 16:15). Por naturaleza, todos pensamos labrarnos nuestro propio ca-

mino al cielo. En nuestra ceguera pensamos que podemos hacer las paces con Dios. El Espíritu nos libra de esta miserable ceguera. Nos muestra que, en nosotros mismos, estamos perdidos y sin esperanza, y que Cristo es la única puerta por la que podemos entrar en el cielo y salvarnos. Nos enseña que solo la sangre de Jesús puede expiar el pecado, y que solo por Su mediación puede Dios ser justo y el que justifica al impío. Nos revela la idoneidad y adecuación a nuestras almas de la salvación de Cristo. Nos revela la belleza de la gloriosa doctrina de la justificación por la fe sola. Derrama en nuestros corazones el poderoso amor de Dios que hay en Cristo Jesús. Así como la paloma vuela a la hendidura bien conocida de la roca, así el alma de quien tiene el Espíritu huye a Cristo y descansa en Él (Ro 5:5).

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu quien no sabe nada de la fe en Cristo? Juzga por ti mismo.

6. Todos los que tienen el Espíritu *son santificados por Él*. Él es «el Espíritu de santidad» (Ro 1:4). Cuando mora en los hombres, les hace ir tras el «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gal 5:22-23). Hace que sea *natural* para ellos, mediante su nueva «naturaleza divina», estimar rectos todos los mandamientos de Dios «sobre todas las cosas» y aborrecer «todo camino de mentira» (2 P 1:4; Sal 119:128). El pecado ya no les resulta agradable. Se entristecen cuando son tentados por él. Se avergüenzan cuando son alcanzados por él. Su deseo es librarse completamente de él. Sus momentos más felices son cuando pueden caminar más

cerca de Dios. Sus momentos más tristes son cuando están más lejos de Él.

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tienen el Espíritu aquellos que ni siquiera pretenden vivir estrictamente de acuerdo con la voluntad de Dios? Juzga por ti mismo.

7. Todos los que tienen al Espíritu *son de mente espiritual*. Para usar las palabras del apóstol Pablo: «Los que son del Espíritu [piensan] en las cosas del Espíritu» (Ro 8:5). El tono general, la tendencia y la inclinación de sus mentes están a favor de las cosas espirituales. No sirven a Dios por impulsos y de manera intermitente, sino de manera habitual. Pueden ser desviados por tentaciones fuertes, pero la tendencia general de sus vidas, costumbres, gustos, pensamientos y hábitos es espiritual. Lo ves en la forma en que pasan su tiempo libre, en la compañía que les gusta mantener y en su conducta en sus propios hogares. Y todo es el resultado de la naturaleza espiritual implantada en ellos por el Espíritu Santo. Así como la oruga, cuando se convierte en mariposa, ya no puede conformarse con arrastrarse en la tierra, sino que volará hacia arriba y usará sus alas, así también los afectos del hombre que tiene el Espíritu siempre se elevarán hacia Dios.

Apelo nuevamente a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tienen el Espíritu aquellos cuyas mentes están totalmente concentradas en las cosas de este mundo? Juzga por ti mismo.

8. Todos los que tienen el Espíritu *sienten en su interior un conflicto entre la vieja naturaleza y la*

nueva. Las palabras del apóstol Pablo se aplican en mayor o menor grado a todos los hijos de Dios: «El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne... para que no hagáis lo que quisierais» (Gal 5:17). Sienten en sus pechos un principio santo, que les hace deleitarse en la ley de Dios, pero sienten en su interior otro principio, que trata de dominarlos y lucha por arrastrarlos hacia abajo y hacia atrás. Algunos sienten este conflicto más que otros, pero todos los que tienen el Espíritu lo conocen y es una buena señal. Es una prueba de que el hombre fuerte armado ya no reina en el interior como antes, con dominio indiscutible. La presencia del Espíritu Santo puede conocerse tanto por la guerra interior como por la paz interior. El que ha sido enseñado a descansar y esperar en Cristo será siempre uno que lucha y hace guerra contra el pecado.

Apelo nuevamente a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu quien no sabe nada del conflicto interior y es siervo del pecado, del mundo y de su propia voluntad? Juzga por ti mismo.

9. Todos los que tienen el Espíritu *aman a otros que tienen el Espíritu*. De ellos escribe el apóstol Juan: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1 Jn 3:14). Cuanto más ven del Espíritu Santo en alguien, más querido es para ellos. Lo consideran como un miembro de la misma familia, un hijo del mismo Padre, un súbdito del mismo Rey y un compañero de viaje con ellos en un país extranjero hacia la misma patria. Es la gloria del Espíritu traer de vuelta algo de ese amor fraternal que el pecado ha expulsado miserablemente

del mundo. Hace que los hombres se amen unos a otros por razones que para el hombre natural son necesidad: en virtud de un Salvador común, una fe común, un servicio común en la tierra y la esperanza de un hogar común. Él establece amistades, independientemente de la sangre, el matrimonio, el interés, los negocios o cualquier motivo mundano. Une a los hombres, haciéndoles sentir que están unidos a un gran centro: Jesucristo.

Nuevamente apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu aquel que no encuentra placer en la compañía de personas que tienen una mente espiritual, o que incluso se refiere a ellas como santas en tono de burla? Juzga por ti mismo.

10. Finalmente, todos los que tienen el Espíritu son *enseñados por Él a orar*. En la Escritura se le llama «espíritu de gracia y de oración» (Zac 12:10). Se dice que los elegidos de Dios «claman a Él día y noche» (Lc 18:7). No pueden evitarlo. Puede que sus oraciones sean mediocres, débiles y vagas, pero sienten el deber de orar. Algo dentro de ellos les dice que deben hablar con Dios y exponerle sus necesidades. Así como el bebé llorará cuando sienta dolor o hambre porque es su naturaleza, así la nueva naturaleza implantada por el Espíritu Santo obligará al hombre a orar. Tiene el Espíritu de adopción, y debe clamar: «¡Abba, Padre!» (Gal 4:6).

Una vez más apelo a todo lector pensante. ¿Puede decirse que tiene el Espíritu el hombre que nunca ora

o que se contenta con decir unas pocas palabras formales con un corazón apático? Por última vez digo: Juzga por ti mismo.

Tales son las marcas y señales por las cuales creo que se puede discernir la presencia del Espíritu Santo en un hombre. Las he expuesto tal como me parece que se nos presentan en las Escrituras. Me he esforzado por no exagerar nada y por no ocultar nada. Creo que no hay verdaderos cristianos en quienes no se puedan encontrar estas marcas. Algunas de ellas, sin duda, sobresalen más prominentemente en algunos y otras, en otros. Mi propia experiencia es clara y decidida, que nunca he visto a una persona verdaderamente piadosa, incluso de las clases más pobres y humildes, en quien, con una observación cercana, no se puedan descubrir estas señales.

Creo que marcas como estas son la única evidencia segura de que estamos siguiendo el camino que conduce a la vida eterna. Exhorto a todos aquellos que desean asegurar su llamado y elección a que se aseguren de que poseen estas marcas. Sé que hay maestros pretenciosos de la religión que parecen muy espirituales y que desprecian la mención de «marcas», y las llaman «legales». No me importa que las llamen legales, siempre y cuando esté convencido de que son bíblicas. Y, con la Biblia ante mí, doy mi opinión con confianza de que aquel que carece de estas marcas carece del Espíritu de Dios.

Muéstrame a un hombre que tenga estas características y lo reconoceré como hijo de Dios. Puede ser pobre y humilde en este mundo. Puede ser vil a sus

propios ojos y a menudo dudar de su propia salvación. Pero tiene en su interior lo que solo viene de lo alto y nunca será destruido: la obra del Espíritu Santo. Dios es suyo. Cristo es suyo. Su nombre ya está escrito en el libro de la vida, y dentro de poco el cielo será suyo.

Muéstrame a un hombre en quien no se encuentren estas características y no me atreveré a reconocerlo como un verdadero cristiano. No me atrevo, como hombre honesto. No me atrevo, como amante de su alma. No me atrevo, como lector de la Biblia. Puede que haga una gran profesión religiosa. Puede que sea culto, grande en el mundo y moral en su vida. Nada de eso tiene valor si no tiene al Espíritu Santo. Está sin Dios, sin Cristo, sin esperanza sólida y, a menos que cambie, se quedará finalmente sin cielo.

Conclusión

Y ahora permíteme terminar este documento con algunas observaciones prácticas que surgen naturalmente del tema que contiene.

a. Tu deber

¿Quieres saber, en primer lugar, *cuál es tu deber inmediato?* Escúchame y te lo diré.

Debes examinarte con calma sobre el tema que he tratado de presentarte. Debes preguntarte seriamente cómo afecta a tu alma la doctrina del Espíritu Santo. Te ruego que por unos minutos mires a cosas más elevadas que las de la tierra y a cosas más importantes que las temporales. Ten paciencia conmigo mientras te hago una pregunta sencilla. Te la hago solemne y

afectuosamente, como alguien que desea tu salvación.
¿Tienes al Espíritu?

Recuerda, no te estoy preguntando si crees que todo lo que he dicho es cierto, correcto y bueno. Te pregunto si tú mismo, que estás leyendo estas líneas, tienes al Espíritu Santo en tu interior.

Recuerda, no te estoy preguntando si crees que el Espíritu Santo es dado a la iglesia de Cristo, y que todos los que pertenecen a la iglesia están al alcance de Sus operaciones. Te pregunto si tú mismo tienes al Espíritu en tu propio corazón.

Recuerda, no te estoy preguntando si a veces sientes remordimientos de conciencia y buenos deseos que revolotean en tu interior. Te pregunto si realmente has experimentado la obra vivificante y renovadora del Espíritu en tu corazón.

Recuerda, no te estoy pidiendo que me digas el día o el mes en que el Espíritu comenzó Su obra en ti. Me basta con que los árboles frutales den fruto sin preguntar el momento preciso en que fueron plantados. Pero sí te pregunto: ¿Estás produciendo alguno de los frutos del Espíritu?

Recuerda, no te estoy preguntando si eres una persona perfecta y nunca sientes nada maligno en tu interior. Pero sí pregunto, solemne y seriamente, si tienes en tu corazón y en tu vida las marcas del Espíritu.

Espero que no me digas que no sabes cuáles son las marcas del Espíritu. Las he descrito claramente. Ahora las repito brevemente para llamar tu atención sobre ellas. 1. El Espíritu vivifica los corazones de los

hombres. 2. El Espíritu enseña las mentes de los hombres. 3. El Espíritu conduce a la Palabra. 4. El Espíritu convence del pecado. 5. El Espíritu atrae a Cristo. 6. El Espíritu santifica. 7. El Espíritu hace a los hombres espirituales. 8. El Espíritu produce conflicto interior. 9. El Espíritu hace que los hombres amen a los hermanos. 10. El Espíritu enseña a orar. Estas son las grandes marcas de la presencia del Espíritu Santo. Plantea la pregunta a tu conciencia como un hombre. ¿Ha hecho el Espíritu alguna de estas cosas por tu alma?

Te exhorto a que no dejes pasar muchos días sin intentar responder a mi pregunta. Te convoco, como un fiel centinela que golpea a la puerta de tu corazón, a llevar el asunto a una conclusión. Vivimos en un mundo en decadencia, desgastado y cargado de pecado. ¿Quién puede saber «qué dará de sí el día»? (Pr 27:1). ¿Quién vivirá para ver otro año? ¿Tienes al Espíritu?

b. El gran defecto de nuestro tiempo

¿Quieres saber, en segundo lugar, cuál es *el gran defecto del cristianismo de nuestro tiempo*? Escúchame y te lo diré.

El gran defecto del que hablo es sencillamente este: que el cristianismo de mucha gente no es cristianismo verdadero en absoluto. Sé que tal opinión suena dura y sorprendentemente insensible. No puedo evitarlo, ya que estoy convencido, tristemente, de su veracidad. Yo solo quiero que el cristianismo de la gente sea el de la Biblia; sin embargo, en muchos casos, tengo serias dudas de que esto sea así.

En Inglaterra existe un gran número de personas que asisten regularmente a la iglesia o la capilla como un formalismo. Siguen este camino porque sus padres o madres lo hicieron, y se ha convertido en una práctica arraigada en el país. Asistir a un servicio religioso y escuchar un sermón es una costumbre establecida y, por lo tanto, lo siguen haciendo. Sin embargo, en lo que respecta a la auténtica fe religiosa, que es vital y salvadora, ni la conocen ni les interesa en absoluto. No pueden ofrecer una explicación coherente de las doctrinas fundamentales del evangelio. La justificación, la regeneración y la santificación son «cuestiones de palabras, y de nombres» que no pueden explicar (Hch 18:15).

Puede que tengan una noción vaga de que deberían participar en la Cena del Señor, y quizás puedan articular algunas ideas superficiales sobre Cristo. Sin embargo, carecen de una comprensión profunda del camino hacia la salvación. En cuanto al Espíritu Santo, apenas pueden decir algo más sobre Él que haber oído Su nombre y haberlo repetido en el Credo.⁵

Ahora bien, si algún lector de este artículo está consciente de que su religión es como la que he descrito, solo le advertiré afectuosamente que recuerde que tal religión es completamente *inútil*. Ni salvará, ni consolará, ni satisfará, ni santificará su alma. Y el simple consejo que le doy es que la cambie por algo mejor sin demora. Recuerda mis palabras. No servirá al final.

⁵ **El Credo** – probablemente una referencia al Credo de los Apóstoles.

c. Una verdad bajo ataque

¿Quieres saber, en tercer lugar, *una verdad en el evangelio acerca de la cual necesitamos ser especialmente cuidadosos hoy en día?* Escucha y te lo diré.

La verdad que tengo en mente es la verdad sobre la obra del Espíritu Santo. Toda verdad, sin duda, es constantemente atacada por Satanás. No deseo ni por un momento exagerar el oficio del Espíritu, ni exaltarlo por encima del sol y centro del evangelio: Jesucristo. Pero sí creo que, junto con el oficio sacerdotal de Cristo, ninguna verdad en la actualidad se pierde de vista con tanta frecuencia y es tan astutamente atacada como la obra del Espíritu. Algunos le hacen daño por negligencia ignorante. Su conversación gira en torno a Cristo. Pueden decirte algo acerca del Salvador, pero si les preguntas acerca de esa obra interna del Espíritu que experimentan todos los que *realmente* conocen al Salvador, no tienen ni una palabra que decir. Algunos socavan la obra del Espíritu al darla por sentada.

La pertenencia a la Iglesia y la participación en los sacramentos se convierten en sustitutos de la conversión y la regeneración espiritual. Algunos hacen daño a la obra del Espíritu al confundirla con la actividad natural de la conciencia. Según este punto de vista tan bajo, solo los más endurecidos y degradados de la humanidad están destituidos del Espíritu Santo. Vigilemos y estemos en guardia contra todas estas desviaciones de la verdad. Cuidémonos de abandonar la proporción de las declaraciones del evangelio. Que una de nuestras principales consignas en el día presente sea:

¡No hay salvación sin la obra interior del Espíritu! ¡No hay ninguna obra interior del Espíritu Santo a menos que pueda ser vista, sentida y conocida! ¡No hay ninguna obra salvadora del Espíritu que no se manifieste en arrepentimiento hacia Dios y fe viva hacia Jesucristo!

d. Motivo de gran esperanza

¿Quieres saber, en cuarto lugar, *la razón por la cual nosotros, que somos ministros del evangelio, nunca nos desesperamos de nadie que nos escuche mientras viva?* Escucha y te lo diré.

Nunca nos desesperamos porque creemos en el poder del Espíritu Santo. Podríamos desesperarnos cuando miramos nuestro propio desempeño. A menudo estamos hartos de nosotros mismos. Podríamos desesperarnos cuando miramos a algunos que pertenecen a nuestras congregaciones. Parecen tan duros e insensibles como la piedra del molino. Pero recordamos al Espíritu Santo y lo que ha hecho. Recordamos al Espíritu Santo y consideramos que no ha cambiado.

Puede descender como el fuego y derretir los corazones más duros. Puede convertir al peor hombre o mujer entre nuestros oyentes y dar una nueva forma a todo su carácter. Y así seguimos predicando. Esperamos por el Espíritu Santo. ¡Oh, que nuestros oyentes comprendieran que el progreso de la verdadera religión no depende de la fuerza o del poder, sino del Espíritu del Señor (Zac 4:6)! ¡Oh, que muchos de ellos aprendieran a apoyarse menos en los ministros y a orar más por el Espíritu Santo! Oh, que todos aprendieran a esperar menos de las escuelas, de los folletos

y de la maquinaria eclesiástica, y que, aunque utilizaran todos los medios con diligencia, buscaran más fervientemente el derramamiento del Espíritu.

e. La voz de la conciencia

¿Quieres saber, en quinto lugar, *lo que debes hacer si tu conciencia te dice que no tienes al Espíritu?* Escucha y te lo diré.

Si no tienes el Espíritu, debes acudir de inmediato al Señor Jesucristo en oración y suplicarle que tenga misericordia de ti y te envíe el Espíritu. No tengo la menor compasión por aquellos que dicen a los hombres que oren primero por el Espíritu Santo para luego acudir a Cristo. No veo ningún respaldo en las Escrituras para decir eso. Solo veo que, si los hombres sienten que son pecadores necesitados y condenados, deben acudir primero y ante todo, directa y sinceramente, a Jesucristo. Veo que Él mismo dice: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Jn 7:37). Sé que está escrito: «Tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos JAH Dios» (Sal 68:18). Sé que Su oficio especial es bautizar con el Espíritu Santo y que en Él habita toda la plenitud (Jn 1:33; Col 1:19). No me atrevo a pretender ser más sistemático que la Biblia. Creo que Cristo es el lugar de encuentro entre Dios y el alma, y mi primer consejo para cualquiera que desee el Espíritu debe ser siempre: «*Ve a Jesús, y cuéntale tu necesidad*».

Además, diría, si no tienes el Espíritu, debes ser diligente en prestar atención a esos medios de gracia a través de los cuales obra el Espíritu. Debes escuchar regularmente esa Palabra, que es Su espada. Debes

asistir habitualmente a las asambleas donde se promete Su presencia. Debes, en resumen, encontrarte *en el camino del Espíritu* si quieres que el Espíritu te haga bien. El ciego Bartimeo nunca habría recibido la vista si se hubiera sentado perezosamente en casa y no hubiera salido a sentarse junto al camino. Zaqueo nunca habría visto a Jesús y llegado a ser hijo de Abraham si no hubiera corrido antes y subido al sicómoro. El Espíritu es un Espíritu amoroso y bueno; pero *quien desprecia los medios de gracia resiste al Espíritu Santo*.

Recuerda estas dos cosas. Creo firmemente que ningún hombre que haya seguido honestamente y con perseverancia estos dos consejos no haya tenido tarde o temprano el Espíritu.

f. Dudas y temores

¿Quieres saber, en sexto lugar, *lo que debes hacer si tienes dudas acerca de tu propio estado y no puedes saber si tienes al Espíritu?* Escucha y te lo diré.

Si dudas de si tienes al Espíritu, debes examinar con calma si tus dudas son fundadas. Me temo que hay muchos verdaderos creyentes que carecen de toda seguridad firme en cuanto a su propia condición. Dudar es su vida. Les pido a esas personas que tomen sus Biblias y consideren con calma los motivos de su preocupación. Les pido que consideren de dónde proviene su percepción del pecado, por débil que sea; su amor a Cristo, por débil que sea; su deseo de santidad, por débil que sea; su deleite en la compañía del pueblo de Dios; su inclinación a la oración y a la Palabra. Digo:

¿de dónde proceden estas cosas? ¿Salieron de tu propio corazón? Seguramente no. La naturaleza no produce tales frutos. ¿Vienen del diablo? Por supuesto que no. Satanás no lucha contra Satanás. ¿De dónde, entonces, repito, vinieron estas cosas? Te advierto que tengas cuidado de no contristar al Espíritu Santo dudando de la realidad de Sus operaciones. Te digo que ya es hora de que reflexiones si no has estado esperando una perfección interna que no tenías derecho a esperar y, al mismo tiempo, subestimando ingratamente una obra real que el Espíritu Santo ha efectuado verdaderamente en tu alma.

Un gran estadista dijo una vez que, si un extranjero visitara Inglaterra por primera vez con los ojos vendados y los oídos abiertos, escuchando todo pero sin ver nada, bien podría suponer que Inglaterra estaba en el camino de la ruina, tantas son las quejas del pueblo inglés. Y sin embargo, si ese mismo extranjero viniera a Inglaterra con los oídos tapados y los ojos abiertos, viendo todo pero sin escuchar nada, probablemente supondría que Inglaterra era el país más rico y próspero del mundo, tantos son los signos de prosperidad que vería.

Con frecuencia me siento inclinado a aplicar esta declaración al caso de los cristianos que dudan. Si creyera todo lo que dicen de sí mismos, ciertamente pensaría que están en mal estado. Sin embargo, los veo viviendo como lo hacen, hambrientos y sedientos de justicia, pobres en espíritu, deseando la santidad, amando el nombre de Cristo, manteniendo hábitos de lectura de la Biblia y de oración, entonces, al ver estas cosas dejo de temer. Confío más en lo que veo que en

lo que escucho. Veo señales manifiestas de la presencia del Espíritu, y solo me apena que ellos mismos se nieguen a verlas. Veo que el diablo les roba su paz al infundir estas dudas en sus mentes, y lamento que se dañen a sí mismos al creerle. Sin lugar a dudas, algunos profesantes bien pueden dudar si tienen al Espíritu, porque no tienen señales de gracia en ellos. Pero muchos alimentan en sus mentes un hábito de duda para el cual no tienen causa, y del cual deberían avergonzarse.

g. Sé lleno del Espíritu

¿Quieres saber, en último lugar, *lo que debes hacer si realmente tienes al Espíritu?* Escúchame y te lo diré.

Si tienes al Espíritu, procura ser «lleno del Espíritu» (Ef 5:18). Bebe profundamente de las aguas vivas. No te conformes con un poco de religión. Ora para que el Espíritu llene cada rincón y cámara de tu corazón, y que no quede en él ni una pulgada de espacio para el mundo y el diablo.

Si tienes al Espíritu, «no contristéis al Espíritu Santo de Dios» (Ef 4:30). Es fácil para los creyentes debilitar su sentido de Su presencia y privarse de Su consuelo. Pequeños pecados no mortificados, pequeños malos hábitos de temperamento o de lengua no corregidos, y pequeñas conformidades con el mundo, todos estos hábitos son susceptibles de ofender al Espíritu Santo. ¡Oh, si los creyentes recordaran estas cosas! Hay mucho más para disfrutar del cielo en la tierra de lo que muchos de ellos obtienen. ¿Por qué no lo consiguen? No vigilan suficientemente sus caminos

diarios, y así apagan y estorban la obra del Espíritu. El Espíritu debe ser un Espíritu completamente santificador si ha de ser un consolador para tu alma.

Si tienes al Espíritu, esfuérgate por producir *todo* «el fruto del Espíritu» (Gal 5:22). Lee la lista que el apóstol ha elaborado, y nota que no se descuida ninguno de estos frutos. ¡Oh, si los creyentes buscaran más «amor» y más «gozo»! Entonces harían más bien a todos los hombres. Entonces se sentirían más felices ellos mismos. Entonces harían la religión más hermosa a los ojos del mundo.

Quiero instar encarecidamente a cada lector de estas páginas a prestar seria atención a lo que se ha expresado. Que estas no hayan sido escritas en vano. Únete a mí en oración para que el Espíritu sea derramado desde lo alto con una influencia más abundante que nunca. Ora para que sea derramado sobre todos los creyentes, dentro y fuera del país, para que estén más unidos y sean más santos. Ruega que sea derramado sobre judíos, musulmanes y paganos, para que muchos de ellos se conviertan.

Ora para que sea derramado sobre los católicos romanos, especialmente en Italia e Irlanda. Ora para que sea derramado sobre tu propio país, y para que sea librado de los juicios que merece. Ora para que sea derramado sobre todos los ministros y misioneros fieles, y para que su número se multiplique por cien.

Ora, sobre todo, para que Él sea derramado con abundante poder sobre tu propia alma, para que, si no conoces la verdad, puedas ser enseñado a conocerla, y que, si la conoces, puedas conocerla mejor. ❧

